



Antonio Millán Puelles

Desde que conocí de niño en mi casa de Mendoza a Antonio Millán Puelles, tuve la impresión viva de que estaba en presencia de un genio. Esta opinión era compartida por mi padre, casi un especialista en reconocer hombres geniales, y por una abrumadora mayoría de quienes lo conocieron, en especial a quienes le apostaron en su juventud que no sería capaz de aprender de memoria una de las Novelas Ejemplares de Cervantes, y perdieron la apuesta. Pero además, Millán Puelles no era un genio desordenado y caótico, sino uno ordenado, estudioso –en el buen sentido de la studiositas de los medievales–, riguroso y esforzado. Por ello, siempre puso su inteligencia fuerte y clara al servicio de obras importantes sobre temas trascendentes, con una acribia y una profundidad inusuales, que llevaron a Gonzalo Fernández de la Mora a incluirlo entre las figuras filosóficas de rango eminente de la España contemporánea, junto con Santayana, Amor-Ruibal, D'Ors, Ortega y Zubiri.

Había nacido en la provincia de Cádiz en 1921, y estudiado en Sevilla y Madrid, donde se recibió en la carrera de filosofía con el Premio Extraordinario de la Universidad Complutense, y fue discípulo de Manuel García Morente.

También resultó premiada por esa Universidad su tesis doctoral, realizada brillantemente sobre el problema del ente ideal en Husserl y Hartmann, y que fue la primera tesis que dirigió el notable pensador que fue Leopoldo Eulogio Palacios. Luego de ejercer la docencia en varias ciudades españolas, ganó por oposición la cátedra de Fundamentos de Filosofía en la Universidad de Madrid, a la que perteneció hasta su jubilación, en 1987, como Catedrático de Metafísica. También fue profesor extraordinario en la Universidad de Cuyo, en Mendoza; en la Universidad de Navarra y profesor honorario de numerosas universidades de Chile, Alemania, México y España. Y es necesario destacar que siempre, en todas las universidades en las que ejerció la docencia, dejó en ellas una impronta indeleble y un recuerdo agradecido, que se concretó en una cantidad inusual de discípulos, seguidores y amigos.

Su obra escrita es de una extensión y calidad excepcionales y en ella merecen destacarse, ante todo, su esencial *Fundamentos de Filosofía*, de más de diez ediciones y que ha sido la puerta de entrada a la filosofía de una inmensa cantidad de profesores e investigadores; también su pequeño libro *La claridad en filosofía*, que resume en su título uno de los caracteres más destacados del pensamiento de Millán Puelles; en 1963 publicó *La formación de la personalidad humana*, que ha sido el crisol formativo de un sinnúmero de pedagogos en todos los países de habla hispana; otra de las obras fundamentales de su producción es *La estructura de la subjetividad*, que ha sido traducida al italiano y constituye un punto de referencia fundamental en el campo de la antropología filosófica; *Economía y Libertad* es de 1974, y es una de las pocas obras centrales en el arduo y poco frecuentado campo de la filosofía de la economía; en Alemania publicó *Die Moral des Wohlstandes*, en colaboración con dos destacados investigadores germanos y en 1984 se editaron dos de las obras centrales de la última etapa de la producción del filósofo: *Teoría del objeto puro*, en el que vuelve, con una profundidad y un rigor que asombran, al tema del ser ideal, objeto del primero de sus libros, y *Léxico Filosófico*, indudablemente el más profundo de los diccionarios sistemáticos de filosofía publicados en lengua castellana. También pertenecen a esta última etapa de su producción *La libre afirmación de nuestro ser*, uno de los más destacados ensayos contemporáneos de

explicación y fundamentación de la ética realista; *El valor de la libertad*, de 1995, en el que se desarrollan, con la rigurosidad que caracterizaba a Millán Puelles, las enormes virtualidades de la doctrina clásica de la libertad; *El interés por la verdad* es de 1997 y en él se incluyen páginas memorables acerca de la comunicación de la verdad y sus aspectos morales; y la última de sus obras publicadas contiene la primera parte de una lógica de los conceptos trascendentales y es una clara muestra de la vitalidad y compromiso con la filosofía que conservó Millán Puelles hasta más allá de sus ochenta años. Pero además, a toda esta obra deben agregarse traducciones de varios idiomas, artículos científicos y periodísticos, prólogos, reseñas y comentarios bibliográficos, comunicaciones a congresos (varias de ellas de especial valor), conferencias y voces en varios diccionarios.

Pero lo realmente importante en toda esta producción, que no se limita ni mucho menos a lo recién enumerado, es que toda ella constituye un ejemplo de lo que debe ser la actitud propia del auténtico filósofo, que, más allá de toda curiositas (sobre la que escribió páginas de una especial agudeza), se propone desarrollar, perfeccionar y profundizar el rico patrimonio heredado de la filosofía clásica. Millán Puelles nunca pretendió ser original y, casualmente por ello, lo fue en gran medida, ya que sus análisis, valoraciones e intuiciones, sin desprenderse de su punto de partida en el realismo clásico, debaten con las principales ideas de su tiempo, incorporan las aportaciones de varios filósofos contemporáneos, como es el caso paradigmático de Husserl, y reformulan, enriqueciéndolos, los temas centrales de aquella filosofía. Dicho en otras palabras: en su caso, se trató siempre de edificar, en el marco de una fecunda tradición de pensamiento, respuestas actualizadas e inteligentes a los problemas permanentes –y por ello siempre presentes– de la filosofía. En este sentido, ha escrito Alejandro Llano que «La filosofía es una tarea vinculada a un propósito histórico, es decir, una tarea que recuerda y anticipa. La filosofía es una gran tradición de pensamiento y, por ello mismo, un empeño que muere si no progresa. Lo que Millán Puelles consigue de manera magistral es justo estrenar en cada línea de su obra un legado de siglos que no es autorreferencial, que no remite a su propia literalidad, sino a temas y problemas que se continúan y, por lo tanto, se renuevan».

Pero además, y esto es lo que verdaderamente importa, Millán Puelles fue principalmente un hombre bueno; cristiano cabal, padre y esposo ejemplar, colega afable y afectuoso, amigo fiel, dilecto y generoso. De conversación brillante y ocurrente, lleno de anécdotas divertidas y observaciones agudas, estar en su compañía resultaba un auténtico placer espiritual. En especial, merece destacarse aquí su actitud como maestro de jóvenes estudiosos: siempre abierto y dispuesto a brindar sugerencias y sugerencias oportunas a quienes se le acercaban, ha dejado una notable cantidad de discípulos, que guardaron siempre para con él un cariño y un respeto excepcionales. Prueba de esto son los numerosos y relevantes volúmenes de homenaje que se editaron durante su vida, así como la poco común cantidad de reseñas y comentarios sobre su pensamiento que se publicaron en varios países y por muy numerosos autores.

Por todo ello, su reciente fallecimiento en Madrid ha producido una profunda tristeza en quienes nos honramos en considerarnos sus discípulos, tristeza sólo semejante a la de quienes han perdido a un padre. Su presencia entre nosotros era siempre fuente de alegría y plenitud y su palabra nunca dejaba de esclarescer y alentar. De aquí que su ausencia haya dejado un hondo vacío en nuestro espíritu y una penosa sensación de desamparo intelectual. Nos queda, no obstante, el consuelo de que el cristiano leal y comprometido que fue Millán Puelles no dejará de disfrutar del inefable premio que Dios tiene reservado a todos aquellos que lo han servido bien.

CARLOS IGNACIO MASSINI CORREAS